

A - Gij. 212/10

R

139451

ORACION FÚNEBRE

~~QUE EN LAS SOLEMNÍSIMAS EXEQUIAS,~~

~~CELEBRADAS~~

~~EN LA IGLESIA DEL REAL MONASTERIO DEL ESCORIAL~~

~~DE ORDEN Y Á EXPENSAS~~

~~DEL REY NUESTRO SEÑOR~~

~~D. FERNANDO SÉPTIMO~~

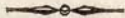
~~Á LA JUSTA Y DIGNA MEMORIA~~

~~DEL REY CRISTIANÍSIMO LUIS XVIII,~~

~~PRONUNCIÓ~~ *Pa*

~~EL DOCTOR D. FRANCISCO ANTONIO GONZALEZ,~~

~~BIBLIOTECARIO MAYOR Y PREDICADOR DE S. M. C.~~



~~MADRID EN LA IMPRENTA REAL~~

~~AÑO DE 1824.~~

ORACION FUNERRE

QUE EN LAS SOLEMNIDADES EXCELENTISimas

CELEBRADAS

EN LA IGLESIA DEL REAL MONASTERIO DE SAN FERRNANDO

DE ORDEN Y A INSTANCIA

DEL REY NUESTRO SEOR

D. FERNANDO SEPTIMO

A LA JUSTA Y A MEMORIA

DEL REY CRISTOBAL III LUIS XVIII



Fernando Rey y Mariscal

EL DOCTOR D. FRANCISCO ANTONIO GONZALEZ

DECANO MAYOR Y RECTOR DE S. M. C.

MADRID EN LA IMPRINTA REAL

AÑO DE 1764



Deseando el REY nuestro Señor DON FERNANDO VII (que Dios guarde) dar un sensible testimonio de la justa pena que le ha cabido en la muerte de su Augusto Tio é íntimo Aliado el Rey Cristianísimo de Francia y de Navarra Luis XVIII, determinó que á sus expensas se celebrasen en la iglesia del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial solemnísimas exequias, y que no se omitiese diligencia ni perdonase dispendio alguno para que resultasen dignas de su Real munificencia y del alto Personage á cuya memoria habian de consagrarse. Correspondió la ejecucion á los eficaces deseos de S. M.; y en los dias 8 y 9 del presente mes de Octubre de este año de 1824 se vieron reunidas en aquel Real Sitio cuantas personas por su elevada clase, por sus relaciones con el Gobierno y por sus especiales destinos debian concurrir á un acto de tanta pompa y dignidad.

Los Gefes de Palacio y otros Grandes, los Prelados eclesiásticos, los Secretarios del Despacho y todo el Cuerpo diplomático, el General en jefe del Ejército frances con su Estado Mayor y mucha Oficialidad, varios Generales de las Tropas españolas y los Comandantes de las que se hallaban en actual servicio, los Mayordomos de Semana, Gentilshombres y otros Empleados de la Real Casa asistieron en su orden y puestos respectivos. El elevado catafalco, lleno de luces, cubierto de terciopelos y de un paño bordado de oro, estuvo custodiado por los Monteros de Espinosa, que, alternando de cuatro en cuatro y colocados en la grada superior, tenían en unas bandejas las insignias Reales Cetro y Corona, segun se practica en el funeral de los Reyes de España. A los cuatro ángulos y parte inferior permanecieron durante la lúgubre ceremonia Guardias de Corps con su competente armamento. Estaban enlutados, así los cuatro órdenes de asientos que se extendian hasta cuarenta y seis varas cada uno, como el pavimento todo de la nave principal de aquel magnífico

templo. Las tropas españolas conservaron en ambos días las armas á la funerala, y las francesas hicieron á su debido tiempo las salvas de honor que son de costumbre. En la tarde del dia primero se comenzó el Oficio á las cuatro, y concluyó á las siete y media: en el segundo principió á las nueve y media de la mañana, y se dió fin á la una y cuarto. La música de la Real Capilla, cuyos acreditados profesores habian ido desde la Corte, desempeñó con su acostumbrado decoro la parte de canto y acompañamiento que estuvo á su cargo; y la Comunidad de aquel Monasterio contribuyó asimismo con su inteligencia y lleno de voces á cumplir con la que se le habia confiado. Celebró de Pontifical Monseñor Nuncio de Su Santidad, habiendo sido sus asistentes los Capellanes de Honor. Todo el conjunto inspiraba piedad y ternura, ofrecía una perspectiva brillante y respetable y presentaba á la consideracion del infinito número de personas, que de la Capital y de varios pueblos habian concurrido, la magnificencia del SOBERANO que tributaba estos sun-

tuosos últimos obsequios, y la grandeza del Monarca en cuyo favor se ofrecian al Todopoderoso. SS. MM. y AA. presidieron en el coro todo el Oficio, se dignaron despues bajar á la iglesia y tribunas del presbiterio para terminar tan religiosos sufragios, y tuvieron igual bondad en el dia posterior para oír la oracion fúnebre. No hay recuerdo de que las Personas Reales hayan autorizado con su augusta presencia otras exequias.

SEÑOR,

La muerte, la sañuda é inexorable muerte pisa con igual pie la humilde despreciable choza del mendigo, y los excelsos artesonados palacios de los Reyes. ¡Cuán fuerte, exclamaba el Monarca de Francia Clotario I, cuán temible es el Señor de los Cielos, que tiene en su mando el desaparecer de los Superiores y Príncipes! Vos, ó gran Dios, decia Job, pusiésteis límites á sus dias, que de ningun modo traspasarán. Toda carne es heno, y su gloria cual la flor del campo. Morimos todos, y como agua nos introducimos en el seno de la tierra.

Recomendable no obstante y gloriosa será siempre la memoria de los héroes; objeto y norte de las almas grandes la imitacion de sus virtudes; digno de profundo dolor y acreedor á tiernos sollozos su fallecimiento. El pueblo de Israel consagró treinta dias al llanto por la falta de Moisés, y siete por la de Saúl: la Grecia vistió largo luto por haber con-

cluido sus dias el legislador Licurgo: los Egipcios cubrían sus cabezas con ceniza y lodo en la muerte de sus Reyes: los Romanos se entregaron al mayor sentimiento en la pérdida de Antonino Pio. ¿Cuál pues habrá de ser el nuestro, cuál el de la noble Francia, cuál el de la Europa entera al meditar el reciente lamentable suceso acaecido el dia 16 del próximo Setiembre? Desapareció aquel insigne varon tan probado por la contraria fortuna como inmóvil en la rectitud, firme por carácter, y superior á todas las vicisitudes humanas. Terminó su mortal carrera el Monarca, que reservado por la divina Providencia para modelo de su elevada clase ni se abatió en crueles persecuciones, ni se engrió con la exaltacion; que templaba la justicia con la clemencia, y que en las circunstancias mas árduas y dificiles supo infundir en unos la confianza, en otros el temor, en todos sus súbditos el amor y respeto. Fue separado de los vivientes el ínclito sucesor de Cárlo-Magno, de Felipe iv el Hermoso, de Cárlos v el Sabio, de Luis ix el Santo, de Luis xii el Padre del pueblo, del adorado Henrique iv el de la Patria, de Luis xiv el Grande. Murió el Rey Cristianísimo de Francia y de Navarra: ¡qué desconsuelo! Luis xviii ya no existe. ¡Oh herida penetrante! Oh pérdida incomparable!

Aflige justamente un sumo dolor á los Reyes y Príncipes que le estaban unidos con los vínculos de la sangre, y el amor á sus pueblos les hace brotar de sus ojos aquellas sentidas lágrimas, que pudieran contener la magestad y el decoro. Oprime una gravísima pena á todas las Potencias aliadas de la Francia, que observaban en este Soberano un dique seguro y antemural robustísimo contra el impetuoso torrente y maquinaciones de cuantos protervos enemigos de los Tronos han abortado en nuestra desgraciada época los abismos. Se deshacen en lamentos las clases todas de aquel Estado: llora el juez al apoyo de sus decisiones, el literato al mejor Mecenaz, el comercio é industria á su protector, la milicia al remunerador de la fidelidad, valor y constancia, la inocencia á su amparo, la orfandad á su padre, la dolencia á su consuelo, la mendiguez á su reparador. Las singulares virtudes que adornaban su espíritu, y que se difundian hasta los ángulos mas remotos y ocultos de las Gálias, se recuerdan ahora con afliccion, pero no sin aplauso, en las fábricas, en los talleres, en las cátedras, en los tribunales, en las cabañas, en las aldeas, en los campos, en las ciudades. No hay talento, ni elocuencia, ni volúmen que sea capaz de describirlas ó contenerlas. ¿Y podré yo reducir su inmensidad á un breve dis-

curso? Empresa ciertamente difícil, por no decir imposible; empresa que exigia muchos dias, y que hubiera requerido para su completo desempeño la perspicacia, afluencia é ingenio de un Ciceron en elogio de César, ó de un Plinio en el de Trajano.

Habiendo pues de surcar su vasto océano, y en-
golfado ya en alta mar, no tengo otro recurso que dejarme llevar de sus olas, y delinear ó presentar un bosquejo de la magnanimidad que brilló en el corazon de Luis XVIII, á cuya prerogativa como á centro se dirigen cuantas ilustraron su grande alma, y que serán siempre objeto de admiracion. Plegue al cielo que mis expresiones no desmerezcan ni de mi ministerio, ni de asunto tan interesante: anuncio el poder del Altísimo en favor de un Monarca privilegiado: espero, SEÑOR, y suplico á V. M. se digne dispensarme su benigna atencion y condescendencia.

Si el hombre no tuviese mucho que sufrir durante su peregrinacion sobre la tierra, dejaríase sin duda trasportar del orgullo, y le cegaria el amor de una vida siempre afortunada. Al modo que los me-

tales mas preciosos se acrisolan y purifican en el fuego; en la tribulacion, en los contratiempos se perfeccionan las almas grandes, y resalta la superioridad del espíritu ^{ca} ~~si~~ par que se le contraponen adversos acontecimientos. Los mas terribles y delicados tejieron la vida del varon que lloramos; venció empero dificultades casi insuperables, y triunfó su imponderable constancia. A proporcion de la mayor altura y dignidad en que se hallan constituidos los mortales, asi es mas sensible y dura su suerte en la calamidad.

Nació Luis XVIII en Versalles, año 1755: nació hijo del Delfin de Francia, y recibió al nacer el título de Conde de Provenza. Vano sería mencionar aqui su esclarecidísima ascendencia, que enlazada con las casas reinantes de toda Europa se confunde siempre ilustre en la mas remota antigüedad. A los historiadores compete referir exactamente sus elevados principios: el orador, contrayéndose al mérito personal de su héroe, habrá de contentarse con insinuarlos. Debió la esmerada primera educacion á su padre, cuyas prendas adquirieron el general aprecio, y á María Josefa de Sajonia, su madre, aquella eminente Princesa, de la cual dijo un célebre historiador „que en su ánimo sobresalia la prudencia; „que en la observancia de sus deberes encontraba

„su placer; que poseia tanta rectitud como sagaci-
 „dad, y que jamas descubrió la variedad y exten-
 „sion de sus luces, sino para unirse á la voluntad
 „de su esposo, y contribuir á la instruccion de sus
 „hijos.” ¡Hubiese querido el cielo que la Parca no
 cortase tempranamente la vida de padres tan rectos
 y celosos! Les sustituyó en la enseñanza de este Prín-
 cipe el Duque de Lavauguyon; y si las costumbres
 de la corte, las distracciones de la tierna edad y la
 mayor elevacion impiden frecuentemente los ade-
 lantamientos de la juventud, el continuo estudio de
 Luis, su particular gusto y fino talento superaron
 tamaños obstáculos, y adquirió tan exquisitos cono-
 cimientos, que le atraian ya en la niñez el concep-
 to de los eruditos. Unido en matrimonio con María
 Josefina Luisa, Princesa de Saboya, jamas se separó
 de su amable compañía, sino para cumplir las órde-
 nes que le prescribió su augusto hermano. Viajó
 pues en Junio de 1777 y meses siguientes por lo in-
 terior de la Francia; visitó los establecimientos pú-
 blicos, y se grangeó debidamente la aficion de los
 pueblos. Ciudades ilustres de Tolosa, Marsella,
 Mompeller, Aviñon, Tolon y otras innumerables,
 ¿qué visteis, decidnos, qué notábais en el hermano
 de vuestro Rey cuando entraba gozoso por vuestras
 puertas, cuando reconocia con prolijidad vuestros

antiguos preciosos monumentos, vuestros magníficos templos y bien dispuestas fábricas, cuando contestaba á vuestros respetuosos homenajes? Vimos, contestais, un jóven sabio con modestia, un exacto curioso observador sin fastidio, un amante de las bellas artes con afabilidad, un varon dulce sin abatimiento: vimos un rendido súbdito, un moderado príncipe, un hermano tierno, que no anhelaba recoger las expresiones, obsequios y entusiasmo, sino para apresurarse y volar á depositarlos á los pies de su Rey, de su Hermano y de su Señor.

Si comienzan á notarse ciertas agitaciones en el Reino cristianísimo, é instalada en 22 de Febrero de 1787 la primera junta de los Notables fue dividida en siete secciones, Luis fue nombrado Presidente de aquella, que por sus acertadas deliberaciones prudentes obtuvo el honroso dictado de la de los Sábios. Si los Príncipes presentan al Monarca una exposicion contra la igualdad numérica de cada clase de Diputados, ¿quién desplegó entonces la firmeza de carácter, que le distinguió despues en todo el discurso de su vida? el hermano del Rey, Monsieur, Luis XVIII: Luis el magnánimo, que habiendo reflexionado con madurez cualquier asunto, jamas dejó de ponerle en práctica, siguiendo la generalmente aplaudida sentencia de Salustio.



¿Mas qué especie de vértigo dió principio á toda desolacion en fines del siglo anterior? Osados Novadores se contraian en otras épocas á combatir alguno de nuestros sagrados dogmas: á la nuestra estaba reservado impugnarlos todos ^{en un tiempo} á la vez y socavar nuestras santas leyes, destruyendo, si fuera posible, su fundamento, que es la autoridad de la revelacion. ¿Qué he dicho? no me desdeño de repetirlo: los mismos principios que grabó en el corazon humano el Autor de la naturaleza, los principios mas esenciales del orden y paz de la sociedad ¿han sido por ventura respetados? ¿no han sido oprimidos y como arrojados de nuestro seno? La impiedad segun una profecía que parece pertenecer á nuestros tiempos; el horrible monstruo de la impiedad cree haber arribado al momento de su triunfo y de un trastorno general, y se envanece diciendo en su interior: *ya puedo mudar los tiempos y las leyes*. Siglo, siglo que te jactas con el sobrenombre de filosófico, ¿qué fatal época solicitas establecer en la historia del espíritu y costumbres de las naciones? Confieso de buen grado ciertas ventajas de tus conocimientos; ¿pero la débil y soberbia razon humana no puede hallar un punto de madurez en que fijarse? Reformados algunos antiguos errores, ¿es necesario un remedio destructor y atacar en guerra abierta á la misma ver-

dad? No habrá ya superstición, porque la religión no existirá: no habrá falso heroísmo, porque no habrá honor: no habrá hipocresía, porque será desterrada la virtud. Mirad, espíritus temerarios, convencidos: estas son las ruinas que ocasionan vuestros decantados sistemas; horrorizaos sobre esos vuestros adelantamientos. Si no os resistieran los cielos y la tierra, vendría un tiempo en que según vuestros principios no perseveráran ni culto, ni solios, ni costumbres, ni:::: ¡oh Iglesia santa! ¡oh Reinos cristianísimo y católico! ¡oh bien fundados Imperios de todo el mundo! Dios de nuestros padres, compadeceos de su posteridad.

Estallaron tan pérfidas ideas y causaron la revolución de 1789; rápidos son desde el origen sus progresos; no es ya dado el extinguirlos. Se imputa á nuestro héroe ser el Cefe de una conspiración, cuyo objeto era sublevar treinta mil hombres, dar la muerte á Lafayette y Bailly, y reducir la ciudad de Paris á la mayor escasez. No, no teme la impostura: con serena frente se presenta al Ayuntamiento de aquella capital, y da tal interpretación á las relaciones que podrian ser perjudiciales á su causa, que se le restituye el favor público con universal aplauso. Ni duermen ni perdonan diligencia para avizorar las intenciones de este Príncipe sus

implacables enemigos: ¿qué no medita la iniquidad cuando es extremada é indolente y se arroja sobre los personajes mas sagrados? Desde aqui mismo veo prepararse una faccion tumultuaria, oigo sus injustas resoluciones, se nombra una diputacion de sus miembros, observo que penetra el palacio de Luxemburgo donde Luis residia, y que se le pregunta si trata salir del Reino. *Jamás me separaré de la persona del Rey mi hermano*; esta fue su contestacion. Resuelve el Monarca partirse en la noche del 20 al 21 de Junio: Luis espera despues una hora para asegurar la partida de su hermano, y sale de la Francia. Si no concurrió personalmente á las conferencias de Pilnitz por hallarse ocupado en la formacion y mando del ejército de Nobles, que de todas partes acudian á reunirse con sus Príncipes en defensa del Trono, era no obstante el alma de las mismas por los sabios bien meditados consejos que continuamente les enviaba: no omite medio alguno para avisar al Rey sus negociaciones y el empeño mútuo del Emperador de Austria y del Rey de Prusia: aconseja viva y eficazmente á su hermano que evite someterse al acta constitucional, y protestó con anticipacion quanto pudiera ejecutarse contra la autoridad legítima. La Francia y la Europa culta no ignoran los efectos de tal protesta. La Asamblea le-

gislativa le declara unánimemente desposeido del derecho á la Regencia. Reune al punto seis mil hombres de caballería para incorporarse al ejército prusiano: los reveses y sucesos de la guerra le obligaron á licenciarlos. ¿Ha cabido jamas en la humana imaginacion, ó hay historia que describa semejante magnanimidad y constancia?

Estremécese el corazón, la lengua se adhiere al paladar y no acierta con las palabras al traer á la memoria::: yo quisiera pasar en silencio::: la pena me ahoga::: iba á proferir::: me horrorizo y confundo. Franceses, vosotros sois nobles y generosos: un partido sanguinario, un puño de hombres destituidos de los sanos, rectos y dulces principios que comunmente os caracterizan, una gente despreciable, de que por desgracia no falta en todas las naciones, se atreve, pone sus manos y consume su fiereza en el Ungido del Señor. Tumultos horrorosos, tropelías sin ejemplo, ultrajes frecuentes á los Reyes en sus palacios de Versalles y de las Tullerías, profanaciones de aquellos atrios, donde tenia su asiento y domicilio la Magestad Soberana, preparaban el atentado mas terrible. Acabó á su consecuencia en un público cadalso la existencia de Luis XVI: siguió igual trágica escena en María Antonia, la mas tierna esposa, la admirable hermana, la cariñosa ma-



dre, la hija de los Césares, la hija y madre de María Teresa. ¡En un público cadalso los predilectos hijos de la Iglesia, en cuyo solo centro gozan inmortalidad los Reyes justos! Corramos el velo á espectáculo tan horrendo y lamentable. Amilanóse entonces el mas fuerte, decayó en gran parte la esperanza, el mas animoso se miraba inerte y desfallecido. ¿Se disminuyó con tan infausta noticia la constancia de Luis xviii? De ningun modo. ¿Se debilitaría su grandeza despues de tantas, tan crueles y lastimosas pérdidas? No fue posible. ¿Desistiria de promover sus legítimos derechos? Nunca. Sintiendo cual debia y exigian los lazos de la sangre la siempre deplorable suerte de sus hermanos, reanima su espíritu, declara Rey á su sobrino con el nombre de Luis xvii, toma para sí el dictado de Regente, concede al Conde de Artois el de Teniente General, expide un decreto de amnistía absoluta á cuantos se sometieran á su autoridad, y se retira á Verona bajo el título de Conde de Lila. No le fue muy durable la tranquilidad en aquel distrito: el Gobierno de Venecia estrechado por el de la Francia le intima salga de su territorio. Recibe con entereza la orden del Senado, y responde que „se dispone inmediatamente á salir, pero que antes era preciso que „se borrasen del Libro de Oro seis varones de su

„familia, y que se le devolviera la armadura que
 „su abuelo Henrique IV habia regalado á la Repú-
 „blica.” ¡Oh palabras dignas de esculpirse en már-
 moles y bronce! ¡oh expresiones admirables, cuyo
 fondo testimonia patentemente su magnanimidad!

¿Hasta cuando, ó Redentor Supremo, árbitro
 de la suerte de los Reyes, hasta qué extremo ha de
 ser probada la serenidad y rectitud de su ánimo?
 Basta, sí, basta de persecuciones. Meditaba noche
 y dia vuestra ley santa; escudado con su inocencia
 procuraba sostener sus verdaderos justos intereses
 para esplendor de vuestra fe, jamas dejó de confiar
 en el vigor de vuestro brazo poderoso. Veneramos,
 Señor, vuestros decretos, y pues os complacisteis en
 dirigir su existencia por las sendas, en que resplan-
 deciese su fortaleza para ejemplar de vuestros esco-
 gidos, permitidnos que adorando vuestra sabiduría
 inefable recorramos aun otros enérgicos rasgos de
 vuestro infinito poder en beneficio de tan digno
 Monarca.

Reunido al ejército de Condé cerca del Rhin,
 es luego precisado á domiciliarse en la pequeña al-
 dea de Dillingen sobre el Danubio, donde una bala
 de fusil disparada por la perfidia le rozó la frente,
 é hizo brotar sangre. Atónitos y espantados quedan
 cuantos le rodeaban, mientras él con total presencia

de ánimo ¡eh! amigos, les dice, ¿á qué tanto susto y sorpresa? ¿No sabéis que el Rey no muere en Francia? Si Luis XVIII hubiese muerto, viva Cárlos X.

Residió posterior y sucesivamente en Blankenberg y en Mittau, donde el Emperador de Rusia Pablo I le concedió una hospitalidad generosa. Gozaba allí los placenteros frutos del reposo, cuando una estrecha alianza entre Buonaparte y el Emperador se convierte en su daño y le arroja á vivir en Varsovia. Varsovia! esta Corte de un reino otras veces tan floreciente, esta ciudad, patria del bisabuelo materno de Luis XVIII, con quien tuvo tan infeliz semejanza, esta capital fue testigo auténtico y teatro del mayor heroísmo de su huesped: ella le transmitirá con gloria á las edades mas remotas. Inasaciable la ambicion del primer Cónsul anhela á todo trance conseguir el Imperio, y envia en Febrero de 1803 un sugeto de confianza que haga á Luis la propuesta de que abdique el derecho al trono de Francia, y que exija igual renuncia de todos los individuos de la casa de Borbon, añadiendo que la recompensa les seria considerable y brillante. Oyó nuestro Príncipe, y no contestó: se persuadia fundadamente que una pronta respuesta no seria acaso bien meditada: quiso dejar á sus sucesores un irrefragable testimonio de fortaleza, y pasado un mes le di-

rige una carta concebida en los términos siguientes:
 „Yo no confundo á Napoleon Buonaparte con los
 „que le han precedido. Estimo su valor, sus talen-
 „tos militares; y le estoy agradecido por varios actos
 „de su administracion, pues me será siempre agra-
 „dable y caro el bien que se haga á mi pueblo. Pero
 „se equivoca, si piensa lograr de mí que transija
 „sobre mis derechos: muy al contrario, él mismo
 „los estableceria por el paso que da en este mo-
 „mento, si pudieran ponerse en disputa. Ignoro
 „cuáles sean los proyectos de Dios sobre mi linage
 „y sobre mí; mas conozco las obligaciones que me
 „ha impuesto, habiéndome colocado en el rango en
 „que se ha servido disponer que naciese. Cristiano,
 „cumpliré con los deberes de tal hasta mi último
 „suspiro: hijo de S. Luis sabré á su ejemplo hacer-
 „me respetar hasta en el cautiverio: sucesor de
 „Francisco 1, quiero al fin poder decir como él:
 „todo lo hemos perdido, menos el honor.” *habitu*

En este momento deberia yo poner término á mi discurso, permitiendo y dejando á la general consideracion el inagotable manantial de ideas cristianas, morales y políticas que acabamos de escuchar. Dignidad, firmeza, religion, piedad, prudencia, rectitud, confianza, respeto, decoro, magnanimidad al fin: tales son las orlas y centro de este escrito. ¿Y



cómo no excitarían el furor y venganza del que se jactaba soberanamente poderoso? ¡Qué contraste entre el desairado Buonaparte y Luis el inflexible! Buonaparte no se detiene ya en realizar sus miras y acelera la posesion del Imperio; Luis dirige á todos los Soberanos una protesta solemne contra la usurpacion. Aquel influye vigorosamente á que el legítimo sucesor del Trono sea lanzado de Varsovia; este Príncipe encuentra asilo segunda vez en Mittau por la benignidad del Emperador Alejandro, y se dedica á cultivar las artes y las ciencias, especialmente la historia. Insta Napoleon, y consigue que Luis sea expelido de Rusia; este resuelve salir del continente con toda su familia, y se establece en el pueblo de Hartwel, en Inglaterra. Aquel dió rienda suelta á su ambicion desmedida, y pretendió sojuzgar toda la Europa, llevando sus conquistas, desolacion y horrores por todas partes; este vivia con honor, dignidad y sencillez. Aquel vino á ser víctima y despojo de su codicia insaciable; este vuelve á ocupar el Trono de sus Mayores, y restituye á la Francia la quietud que por tantos años habia huido de sus habitantes. No se oye ya el terrible nombre de conscripcion: placenteras las madres crian á sus hijos sin rezelo de que sean conducidos á la mortandad: vienen á su patria infinitos prisioneros desde las ex-

tremidades de la Siberia y de las colonias inglesas: se entregan al Clero los bienes suyos no vendidos; suceden por fin al estrago y estrépito de las armas la paz y tranquilidad mas inalterables ¡Qué ejemplo tan patético y eficaz para los Monarcas y súbditos! ¡Qué documento mas decisivo para venerar íntimamente la suprema potestad del Dios de las bondades, en cuya mano estan los Imperios y los Reyes, que ensalza y humilla, que deprime á lo profundo y eleva hasta los cielos!

Arduos necesariamente debieron ser los primeros años en que reinó Luis XVIII. Pasiones encontradas, pretensiones diversas, resentimientos muy recientes, odios implacables, arraigados usos, opiniones varias, dificultades de toda clase se agolpaban é impedian la recta administracion: ninguna dejó de ser superada por la prudencia, discrecion y talento del nuevo antiguo Rey, á que no poco contribuyó la juiciosa inviolable union peculiar de la nacion francesa. Conciliacion de los ánimos entre sí tan opuestos; mejoras en la suerte del oficial y del soldado; grandes cantidades remitidas para la curacion de los franceses heridos en las batallas de Fleurus y Waterloo; nueva forma del Consejo de Estado; prosperidad de las colonias y su comercio con la metrópoli; dotacion de hospitales y seminarios; puen-

tes, calzadas y caminos recientemente construidos; creacion de un Ministerio eclesiástico y agregacion de la instruccion pública á este mismo: legislacion, en suma, instituciones, religion, ciencias, artes, los ramos todos, que hacen floreciente un Reino, recibieron de Luis reformas y mejoras muy notables.

Pero un Príncipe tan magnánimo debia sellar su ilustre vida y coronar su magnificencia con un suceso, que careciendo casi de ejemplo arrebatase en las edades venideras el comun asombro. La Francia está llena de sus bondades, y no hay quien no colme de bendiciones su augusto nombre. ¿En dónde pues habrá de difundirse la generosidad de su corazón? España, infeliz España, las impías perniciosas máximas que inflamaron algun dia otros países; las tentativas dirigidas á trastornar el altar y sacrificio consagrados al Cordero inmaculado, objeto de la católica fe; los anhelos de derrocar el trono y sus incontrastables bases y derechos; las sectas mas detestables: todo, todo se ha amalgamado contra tu subsistencia religiosa y política, todo se conjura para degradar aquella circunspeccion y piedad que fue otro tiempo tu blason y baluarte esclarecido. ¡Qué horror! Un partido revolucionario, una banda de hombres privados de razon, de rectitud y de principios, seduce á mil y mil incautos, se arroja só co-

lor de reforma á minar tus estables cimientos, y con la apariencia de un soñado bien general osa comprometer á tu REY y á su augusta Familia. Dias por cierto de luto y amargura, que no deben contarse en el número de los dias, y cuyos resultados lloraron la mayor parte de los Españoles. Insultos frecuentes al Monarca y Personas Reales, injurias atroces á los ministros del santuario, persecuciones crueles á la nobleza y justicia, decretos precipitados, resoluciones parto de la preocupacion, calumnias, escritos infames, canciones obscenas, libelos sordidos, arrojios temerarios, atentados enormes: no otro era el cuadro que presentaba la desgraciada anterior época, mientras el mayor número de los moradores de esta Península yacía bajo su vid y dentro de su hogar gimiendo los males de su patria, y no podía, cual quisiera, remediarlos. No hay por qué detenernos en su descripcion: los hemos percibido con nuestros propios ojos: ninguno fiel á su REY dejó de experimentarlos. ¡Ojalá pudiera haber un blanco ó vacío en nuestra historia para no recordar tan tristes momentos! Con todo, es imposible omitir la injusta, la atroz violencia con que nuestro REY y SEÑOR D. FERNANDO VII, su augusta Esposa, y Serenísimos Infantes fueron extraidos de su Corte y trasportados á la ciudad de Sevilla, despues á la

de Cádiz, no sin continuo riesgo de sus preciosas vidas, entre los peligros mas formidables. ¿Quién no desconfiaba ya de ver tan amables prendas? ¿Quién no repasaba dolorosamente en su imaginacion que podrian ser trasladadas á otro hemisferio? ¿Quién no agotó entonces hasta las heces el cáliz de amargura? Veló no obstante la Providencia del Altísimo, veló, ó hizo rugir al Leon de España, y conmovido á su eco el Heredero de las Flores de Lis lleva sus ejércitos á las columnas de Hércules, y los manda el invicto Luis Antonio, Duque de Angulema, é intiman, y combaten, y triunfan; y nosotros:::: el regocijo y gratitud á la Francia rebosan y se compiten á este instante en nuestros pechos con tan dulce memoria: inmortal persistirá en nuestros reconocidos corazones. Si llevamos otro tiempo mas allá de los Pirineos y Rosellon nuestras fuerzas militares para sostener la causa del legítimo Trono frances; si la constancia española y tenaz resistencia al Coloso del poder por espacio de seis años de continua lucha despertaron el zelo y valor de otras potencias, é influyeron eficazmente á que el Rey Cristianísimo, cuya muerte nos aflige, ocupase la silla de sus insignes antepasados; igual ó mayor recompensa debemos á su benignidad y á sus armas invencibles. Adquiere nuestro augusto amado MONARCA y reasume

la plenitud de sus derechos, vuelve á nuestro seno con toda su Real Familia, bendecimos la beneficencia del Todopoderoso, y fijamos en nuestros anales con indelebles caractéres la grandeza y magnanimidad de Luis XVIII. ¡Oh si pudiésemos eternizar, ó al menos prolongar su vida, prorogada casi diez años por una maravilla del arte!

Gravosa enfermedad habitual va consumiendo sus fuerzas, y empeora su situacion desde el dia 12 del mes anterior. Conoce su decadencia; pero ni se conmueve ni se intimida. Cuando el Ministro de Gracia y Justicia le consulta en los últimos momentos la conmutacion de pena para unos soldados y oficiales, condenados á muerte porque abandonaron sus banderas y pasaron á las líneas constitucionales: *las gracias, profiere, quiero cederlas á mi hermano; por ellas debe siempre principiar el reinado de un Borbon.* Si el Mariscal mayor General de servicio le pide la orden y contraseña, contesta moribundo: *San Dionisio, allá voy:* cual si dijese: amé la rectitud, sostuve la causa mas justa, procuré la salud de mi pueblo, el Excelso me concede unir mis cenizas con las de mis predecesores. Preparado con los Santos Sacramentos, que recibió con edificante devocion y ternura, se despide de su hermano y sobrinos queridos; y ocupándose ya sola-



mente en implorar la misericordia divina duerme por último el sueño de los predestinados, y falleció en el Señor á las cuatro de la mañana del día 16 de Setiembre.

¿Falleció? ¿espiró el magnánimo Rey de Francia y de Navarra? No, no ha fallecido, no ha espirado. Vive, sí, vive en el respeto que adquirió de sus súbditos, los cuales conservan señalados vestigios de su prudente sabio Gobierno. Vive en la persona de su hermano, sucesor y heredero de sus virtudes Carlos x, que ha principiado á reinar con el perdon de aquellos infelices, cuya causa y clemencia le habia legado y cometido. Vive en los establecimientos de piedad, de industria y de literatura que mejoró, y en los diversos países que tuvieron la dicha de poseerle. Existe su gloriosa memoria en el ánimo de nuestro augusto Monarca y de toda su Real Familia. Vive y vivirá perpetuamente en la gratitud de los buenos españoles que le somos deudores de los mas apreciables adorados objetos de nuestro amor. Vive finalmente en la mansion dichosa de los justos.

Mas si aun le restan que expiar algunas reliquias de la fragilidad humana, aceptad ó Rey de Reyes, Dios de las virtudes, aceptad el incruento sacrificio en que acaba de ofrecerse la víctima de

mayor propiciacion: acoged benigno los votos del piadoso Rey de las Españas, que os consagra en sufragio por su espíritu estas solemnísimas exequias: recibid la sincera fervorosa voluntad y súplicas de toda la Familia Real reunida hoy en este suntuoso templo: oid nuestras oraciones, para que el alma del magnánimo Luis XVIII, que fue grande sobre la tierra, lo sea tambien en la celeste Sion por los siglos de los siglos. Asi sea.

mayor propiciacion: acedid benigno los vobos del
 piadoso Rey de las Españas, que os consagra en sus
 tragio por su espíritu estas solemnissimas exequias:
 recibid la sincera fervorosa voluntad y esphera de
 toda la Familia Real terminada hoy en este sumuoso
 templo: oíd nuestras oraciones, para que el alma del
 magnánimo Luis xviii, que fue grande sobre la
 tierra, lo sea tambien en la celestion por los si-
 glos de los siglos. Así sea.

